



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



14 de junio de 1890



Núm. 137



Al fulgor de clara luna
el siempre gracioso clown

hace sombras con la mano
ensayando la función.



UN RATO DE CHARLA

VAMOS, que ya estarán ahitos, hartos, empachados, saciados, repletos, satisfechos, los aficionados á toros.

Todo les sonríe: el ministro de Fomento es un *éleveur* de toros; no se puede abrir un periódico sin tropezarse con una revista de toros, cuando no son dos, aparte de los telegramas torísticos y de algún artículo taurófilo, para que resulten tres buenas tazas de caldo; y aun, se me olvidaba, algunas de esas revistas llevan monos, representando monos y toros.

No hemos ido á Montpellier, pero hemos ido á las corridas de toros.

Los diputados de oposición, olvidándose de *á lo que estamos, tuerta*, dejaron de derrotar al Gobierno para trasladarse á la *mezquita* donde se venera á Tauro.

¿Qué más faltaba? ¿Que España entera hablase de los toros, ya que no iba á verlos? Pues también está: un tal *Cintas Verdes* ha asesinado, *por mor* de poder ir á la plaza de toros, nada menos que á una mujer, dos hombres y dos niños, uno de cinco años y otro de tres. Tantas personas como toros se estoquearon aquella tarde.

Una estatua para ese consecuente aficionado, para ese Bruto de la tauromaquia, que, por otra parte, ha dispensado á cierto reporter el honor de celebrar una *interview* con él, en la cual *interview* ha manifestado al reporter susodicho que *el móvil* de sus cinco asesinatos fué nada más que el deseo de presenciar la corrida de toros y que la culpa la tuvo el pícaro aguardiente.

Yo, á la verdad, aunque sea de sentir que la filo... torería deje de contar con tan entusiástico devoto, creo que lo mejor sería darle garrote á *Cintas Verdes* cuanto antes mejor, por si probase de escaparse de la cárcel á fin de presenciar otra corrida de toros.

Muchos, sin duda, me tacharán de cruel y sanguinario; pero vale más confesar con toda sinceridad que soy partidario resuelto de la pena de muerte, no en son de *vindicta pública* ni de *castigo*, sino mucho más modestamente y en consonancia con la escuela de Enrique Ferri, como simple medida de *represión*. Cuanto más *temible* es un criminal, cuanto más ciegamente obra á impulsos de una *fuerza irresistible*, como la de querer ir á los toros, más enérgicamente debe defenderse la sociedad.

¿Qué es un criminal? Es un hombre de *tipo bestial*. El hombre honrado se aleja de cada vez más del tipo de los animales que matan y roban para vivir: el criminal, al contrario. Suprimase, pues. La eliminación de los criminales peligrosos por medio de la pena de muerte es una medida que está en la más perfecta consonancia con los principios antropológicos. Se dirá que el criminal no tiene ninguna culpa en serlo; pero ¿la tienen el león ó el tigre, ó la serpiente de cascabel ó el tiburón?

Pero no basta reprimir, sino que es preciso también *evitar*. Pues bien: uno de los factores más horribles de la criminalidad es el alcoholismo, y habría que emprender una campaña decisiva contra eso. Por ejemplo, imponiendo una contribución abrumadora á los taberneros y monopolizando el Estado el alcohol como monopoliza el tabaco. La criminalidad está en razón directa del alcohol.

En Inglaterra hay el 60 por 100 de criminales alcohólicos, en Bélgica el 25 por 100, en los Estados Unidos el 60, en Suecia el 75, en Francia el 50. No sé aquí qué proporción habrá; pero, por lo que hace á Madrid, y según resulta de *El crimen de ayer* de los periódicos, debe ser de un 80 ó 90 por 100.

Empleado en diversos objetos ó economizado lo que gastamos en toros y aguardiente, seríamos un pueblo rico como pocos.

Siempre vuestro,

HISTORIA DE UN INUNDADO



— ¡Valiente crecida!... ¿Ah que me va á coger y soy gazapo al agua?

ANTOÑITO

UNA EXPOSICIÓN DE LABORES Y UNA FIESTA

NADA más grato que dar cuenta de los progresos alcanzados en la educación; y si por desgracia se presentan hartas ocasiones de lamentar ora el atraso de la enseñanza, ora la falta de protección á la misma, en cambio no faltan oportunidades de felicitarse y de sentirse poseídos de noble entusiasmo ante los adelantamientos de la instrucción y el halagüeño estado de determinados centros de enseñanza.

Estas consideraciones nos vienen á la mente á propósito del brillantísimo estado en que se encuentra el Colegio Franco-Hispano de esta capital, tan acertadamente dirigido por la distinguida señora D.^a Carmen de Uyá de Curdumi, como lo ha patentizado la Exposición de labores recientemente celebrada en dicho establecimiento, y de la cual vamos á dar sucinta cuenta á los estimados lectores de EL CAMARADA.

Préstase el local del Colegio á exhibiciones como la de que tratamos, no siendo ésta una de las menores ventajas que lo recomiendan.

Nada más deslumbrador que el aspecto que presentaba el vasto salón de clases generales donde se hallaba instalada dicha Exposición, presentada con el más acabado buen gusto. Los entrepaños hallábanse revestidos de ricas tapicerías sobre las cuales resaltaban innumerables labores, mientras que en mesas y graderías, dispuestas al efecto, se admiraban otra clase de trabajos, algunos de los cuales, por su mérito y valor, constituían verdaderos objetos suntuarios. Cuanto se aprende en el Colegio, desde el modesto crochet al afiligranado encaje y desde el primitivo punto de tapicería al delicado realce, aparecía confundido allí en artístico desorden, sin saber los ojos dónde fijarse con preferencia: si en el blanquísimo lienzo ó en el hermoso raso, si en el oro y la plata ó en las lanas y sedas de los más variados colores, si en el bordado que quiere dejarse atrás los trabajos litográficos ó en el que aspira á semejar una pintura. Baste decir que no faltaba allí ninguna de las manifestaciones del arte decorativo en lo que atañe á femeniles primores.

En otro salón veíanse, expuestos en las paredes, trabajos caligráficos, dibujos, cuadros al óleo y esculturas, testimonios fehacientes de los frutos obtenidos en la enseñanza y de la competencia de los profesores encargados de los respectivos ramos. Por fin, en el centro de la sala apa-

recian distintos trabajos correspondientes á la utilísima clase de corte y confección de vestidos, como prendas de señora, trajes y adornos, todo tan bueno como perfectamente ejecutado. Basta con lo dicho para comprender la vasta organización del Colegio Franco-Hispano, montado para satisfacer todas las necesidades propias de la educación en conformidad á lo que exige la época actual.

Cerrada la Exposición de labores á que hacemos referencia, celebróse la ceremonia religiosa de recibir la primera comunión varias educandas de aquel acreditado establecimiento. El acto, verificado en la iglesia parroquial de la Concepción, con asistencia de distinguidas y aristocráticas familias, fué solemnísimó, habiendo contribuido á su esplendor la excelente interpretación dada á las piezas de su escogido repertorio por los señores Goberna, Sánchez, Narbona, Perelló y otros artistas cuyos nombres sentimos no recordar, bajo la dirección de los maestros Jurnet y Pérez, no debiendo pasar en silencio la impresión que produjo, por su sabor místico y la delicadeza de la armonía, el *Salutaris* del Sr. Jurnet, dedicado á la señorita Anita de Curdumí.



— ¡No!... ¡Pues para algo me enseñaron á triscar!

Por fin, al día siguiente, jueves, 29 de mayo, celebróse la fiesta anual que el renombrado colegio de la calle de Lauria tributa en honor á la Virgen. Adornado elegantemente el salón de clases generales, en uno de cuyos testeros se alzaba un precioso altar convertido en un verdadero jardín de flores, y bajo azul dosel la imagen de la Divina Madre, vióse prontamente invadido, como los otros elegantes salones de la casa, por numerosísima y no menos selecta concurrencia, ávida de presenciar la poética fiesta que iba á tener por teatro aquel local. Fáltanos espacio para consignar los nombres de las señoritas educandas que, con excelente entonación y correcto acento, recitaron poesías en castellano, francés, inglés, italiano y catalán; bastando decir que ninguna de ellas dejó nada que desear. Respecto á la parte musical, fueron aplaudidísimas las señoritas de Curdumí y de Canals, discípulas del profesor D. Julio Pérez, al hacer gala de su habilidad en el violín y la señorita de Vidal en el arpa, así

como todas cuantas interpretaron en conjunto diversas piezas para dichos instrumentos piano y armónium, terminando el acto con el discurso de despedida á la Virgen, pronunciado con perfectísima dicción y seguridad por la distinguida señorita D.^a Concepción Bacani.

Esta fiesta fué digna coronación de las anteriores, demostrando una vez más el brillante grado de cultura y adelanto que alcanza el Colegio Franco-Hispano, gracias á la inteligentísima dirección que en él preside y á los esfuerzos del digno y numeroso profesorado con que cuenta. Por nuestra parte, entusiastas de todo cuanto representa perfección y adelanto en la enseñanza, unimos nuestros plácemes á tantos otros como ha recibido D.^a Carmen de Uyá de Curdumi, haciéndonos un deber en hacer público lo que en todos sentidos constituye una satisfacción para los amantes del progreso en la educación de la mujer.

A. O.



EL CAPITÁN MEDRANO

(Conclusión)

III

Contra lo que aseguran los partes oficiales, la campaña de Cuba no toca á su término: al contrario, cada día es más formidable y encarnizada la lucha, cada día tropiezan las tropas de España con nuevas sorpresas que dificultan el éxito de sus operaciones. Los Medranos carecen en absoluto de noticias de Enrique: bien es verdad que no se preocupan para inquirirlas, pues desde el día desgraciado que escribió por última vez á su padre, éste le considera moralmente muerto entre los suyos.

Una mañana, sin embargo, Antonio entró muy agitado en el despacho de su padre. Llevaba un periódico en la mano, y, sin poder hablar á causa de la emoción que le embargaba, indicó á Medrano que leyera la *Última hora* del mismo.

Medrano leyó:

«Según los últimos partes recibidos del general en jefe del ejército de operaciones en Cuba, después de repetidos encuentros entre los insurrectos y las tropas leales, éstas han conseguido hacerse dueñas del vasto territorio de Las Villas, ocupado desde el comienzo de la insurrección por los enemigos de la integridad de España. Débese el éxito de tan brillante jornada al denodado valor del capitán D. Enrique Medrano, que, herido por dos veces durante la acción, se ha apoderado de cuatro reductos, desalojando de la plaza al enemigo. En premio á tan relevante servicio ha sido condecorado el capitán Medrano en el mismo campo de honor con la cruz laureada de San Fernando. Las bajas del ejército son desgraciadamente numerosas, siendo desesperado el estado del héroe de la jornada.»

Una emoción hasta entonces no sentida, en la que á la par que la angustia percibía la más pura alegría, hizo latir fuertemente el corazón del anciano. Guardó silencio breves instantes, y con pueril temor preguntó á Antonio:

—¿Tú crees que puede ser él?
¡Enrique capitán y condecorado con la cruz de San Fernando!

Leyó de nuevo el periódico, murmurando luego:

—¡Condecorado en el campo de honor! ¡Estado desesperado!—Y una lágrima elocuente, manifestación de la pena que le afligía, resbaló por su pálido semblante.

Pocas horas después, un despacho del ministro de la Guerra comunicaba al desolado padre noticias nada tranquilizadoras del estado de su hijo. La prensa, por su parte, al detallar tan brillante hecho de armas, recordaba que el capitán Medrano era hijo del honrado fundidor del mismo nombre, tan querido y respetado por todas las clases sociales. El nombre de Medrano consiguió á seguida los honores de la popularidad, y por doquier se pronunciaba con tanto entusiasmo como admiración. Todas las publicaciones ilustradas publicaron el retrato de Enrique, y donde quiera que fuese ó se fijaran sus ojos descubría Medrano el retrato de su hijo, que parecía mirarle con expresiva angustia, cual si estuviese pendiente para recobrar la dicha de su esperado perdón. El se lo otorgaba desde el fondo de su alma; de su alma, que lloraba desolada porque presentía que no había de abrazarlo ya.



—Pero ¿cómo paso ahora á la orilla?
Si aquellas tres almas piadosas que me contemplan se
resolviesen á socorrerme...

IV

Tres meses después de los sucesos que acabamos de narrar, una mañana, en tanto trabajaba en su despacho recordando al ausente, Enriqueta abrió resueltamente la puerta, demostrando extraordinaria alegría. No venía sola: llevaba de la mano á su tío, que venía precedido de sus hermanos.

Medrano abandonó bruscamente su sillón: quiso avanzar hacia Enrique; pero su ansiedad era tan viva que le rindió por entero. No era ficción de su constante deseo: el que estaba delante de él era Enrique, extraordinariamente cambiado á causa de las penalidades de la campaña, con el brazo derecho en un cabestrillo y la cruz laureada en su pecho. Era él, el héroe cuyo nombre había sido repetido con admiración de uno á otro confín de la Península, el que más alto había colocado el nombre de su familia.

Tímido y emocionado como un niño, Enrique inclinó humildemente la cabeza: la vista de su padre, enrojecida á fuerza de disgustos y de obligado trabajo, le oprimió fuertemente el corazón. Cediendo á uno de sus nobilísimos impulsos, iba á arrojarse á sus pies; pero Medrano, abriéndole sus brazos,

—¡Aquí!—le dijo.—Con tu generosa sangre has borrado tu falta: con las lágrimas de mi gratitud te otorgo mi perdón.

Padre é hijo permanecieron abrazados largo tiempo, y, en tanto Antonio y su esposa los contemplaban conmovidos, Enriqueta, alegre y contenta, fué en busca de su *Betina*, ansiosa de que aquella niña sin alma participase de su alegría como un día fué testigo de su más acerbo y sentido dolor.

ANTONIA OPISSO

LA INFLUENCIA DE UN ÁNGEL

LA primavera despertaba sonriente desplegando sus alas de flores sobre los yermos campos.

El ardiente Febo, coronando la pradera con sus dorados rayos, completaba el poético paisaje que ofrecía á la vista la verde llanura que se extendía humilde á los pies de su soberano el monte.

A la falda de él, y en lugar que no hace al caso para mi historia, veíase blanca casita rodeada de arbustos, árboles y plantas trepadoras que la abrazaban, digámoslo así, con sus verdes brazos.

Bajo el verde emparrado que como espontáneo dosel pendía ante la puerta de la humilde morada, había una mujer de unos treinta años, hermosa más que por sus naturales encantos por la aureola de celeste divinidad que circundaba su rostro cuando cariñosa sonreía contemplando á sus pies un

pequeño ángel que jugueteaba con flores y muñecos de cartón, dando al viento su rubia cabellera, que bañada por el sol parecía una lluvia de oro.

No es necesario decir que era la madre del niño la robusta campesina: basta mirar el placer que siente cada vez que el rapaz, lanzando una exclamación de gozo, arroja á puñados al aire y esparce por el suelo las hojas de las flores que perecieron á sus manos.

Con la experiencia de toda madre amante de sus hijos, procura la mencionada labriega, á la que llamaremos Jacinta, que su hijo no salga al sol ni se aleje demasiado de la casa.

Cada vez que el muchacho se aleja corriendo en persecución de linda mariposa que revolotea inconstante de flor en flor, ella corre también tras él y, cogiéndole de la mano, le conduce bien á disgusto suyo á la puerta de aquel hermoso y poético hogar, sólo



—Uno se decide y viene por mí... ¡Oh, alma noble!... Pero ¿me soltará después?

comparable al frágil nido que forman las aves en el monte, ya entre las peñas, ya en las ramas de un arbusto, las cuales pueden darles abrigo contra el viento y frescura contra los rayos del sol.

Allí, en el banquillo de piedra mal labrada situado bajo la verde hojarasca y circuido por la yedra que trata de vestirle con verde ropaje, la amorosa y complaciente Jacinta sienta á su hijo y le hace admirar entre caricias la belleza del paisaje que se columbra á lo lejos, tratando, al propio tiempo, de hacerle ver en él la grandeza de Dios.

El día en que sucedió lo que voy á relataros, el esposo de Jacinta, activo labrador que ganaba el sustento para él y familia con el sudor de su frente y bajo los ardientes rayos de aquel sol abrasador, había marchado al pueblo con otros compañeros de labranza á satisfacer el pago de algunas deudas atrasadas.

Inútil es decir el afán con que su esposa le esperaba cuando el sol, ocultándose tras un alto y lejano monte, convertía en mar de lava el azulado cielo.

Las nacaradas nubes parecían ardientes llamaradas en aquellos instantes.

El aspecto que presentaba el firmamento podía pintarse con estas frases:

«Estaba incendiado.»

Ya la luna, con su nacarada luz, daba las buenas noches al mundo, cuando Jacinta, no pudiendo resistir la impaciencia, dijo á su niño:

—Cuidado, Angel con moverte de aquí. Voy á salir hasta el camino á ver si llega tu padre. ¡Cuánto tarda! Por fuerza debe haberle sucedido algo. No te moverás de aquí: ¿eh?—insistió la madre cariñosamente.

—No, no,—contestó el niño, que contaría unos ocho años;—no me moveré de esta puerta.

Animada con promesa tan formal, la madre se decidió á dejar solo al niño para llegar hasta el camino.

—Estos hombres,—iba murmurando á la par que aceleraba el paso,—cuando van con los amigachos ya no se acuerdan de que tienen hogar ni de que les esperan. Dios sabe si allí, en la encrucijada de los dos caminos, estará charlando como un sacamuelas á propósito de la contribución, los derechos del fisco y demás asuntos de interés para ellos, pero que, respecto á mí, sólo sirven como ahora para darme tormento y hacerme estar intranquila. Geromo es un buen hombre, incapaz de hacer daño á nadie; pero el refrán dice que del agua mansa nos libre Dios. Si al ir á satisfacer la deuda, que data ya de algunos años, le han insultado ó dicho algo...

Y así, ansiosa, corría por las estrechas veredas de la montaña, deseosa de llegar cuanto antes á la encrucijada, desde la cual se veía todo el camino que á la luz de la casta Diana parecía interminable serpiente que trazando marcadas curvas se extendía por el monte y el llano yendo á confundirse con el blanquecino cielo en el picacho de una montaña que parecía querer perforarle.

Jacinta llegó al punto donde dos caminos se cruzaban.

Allí era la encrucijada á donde se dirigía.

Haciendo puntillas columbró todo el llano.

Nada se veía sino fantástica procesión de árboles que bordeando el camino enlazaban la sombra de sus ramas proyectada en el blanquecino polvo.

De pronto Jacinta escuchó un rumor de voces.

Un grito asomó á los labios de la infeliz mujer.

Había reconocido la voz de su esposo, que llegaba disputando con otro hombre.

Rápidamente se dirigió al punto de donde partían las exclamaciones.

Era fuera del camino, en una reducida plazoleta bastante llana.

Como ningún árbol había en ella, la luna alumbraba perfectamente aquel trozo de terreno.

Jacinta pudo ver perfectamente que su esposo y el que le acompañaba estaban en lo álgido de la cuestión, motivada tal vez por alguna fruslería, como sucede frecuentemente.

Mas, fuese por lo que fuera, tal era el enojo de Geromo, que alzó su hercúleo brazo para descargarlo con fuerza sobre su rival.

Este dió un salto hacia atrás y sacó una de esas navajas tan usuales en la gente del campo.

Jacinta trató de intervenir, pero sus gritos no eran escuchados.

Geromo se defendía como mejor le era dado.

Pero al fin un desgraciado incidente agravó la situación del pobre esposo de la labriega.

Resbaló y cayó al suelo.

Jacinta quiso interponerse entre su esposo y el acalorado rival.

Pero antes que ella un nuevo personaje se presentó en la plazoleta y fué á cogerse al cuello de Geromo gritando:

—¡Padre! ¡Padre!

Era Ángel, el pequeño niño.

Jacinta quedó sorprendida.

La mano que iba á caer armada con el acero sobre el pecho del padre de Ángel, arrojó la navaja y, contemplando al niño con estúpida mirada, murmuró:

—¡Pobrecillo! ¡Serías huérfano! Tú has salvado á tu padre.

Y, esto diciendo, se fué apartando de la plazoleta, lugar del triste suceso, hasta perderse por entre las revueltas de un angosto sendero.

La infeliz mujer se comía á besos á su hijo.

Geromo lloraba sin saber por qué.

Ángel, sin darse cuenta del bien que había hecho, sonreía.

La causa de haber desobedecido tan felizmente la orden de su madre no era otra sino que un murciélago, al cruzar por delante de la puerta de la blanca casita, había rozado con sus negras alas el blanco rostro del niño.

Este tuvo miedo y echó á correr hacia el camino. Oyó los gritos de su madre y llegó á tiempo oportuno, como todos los ángeles, para evitar un crimen.

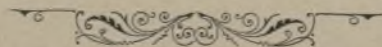
Al regresar á su casa los dos esposos murmuraban:

¡Bendita sea la Providencia divina!



—Por si acaso... ¡sálvese quien pueda!

LUIS DE VAL





AL CAMARADA ⁽¹⁾

¡Oh excelente semanario,
digno de todo cariño,
que con tus ejemplos varios
como el mejor silabario
ilustras á todo niño!

Tres cosas son las que haces
y siempre debes hacer
mientras camaradas trates,
y tú siempre lo pensaste:
enseñar, corregir y distraer.

Enseñas al que no sabe,
que obra de misericordia es,
pues otra cosa no cabe
que enseñar cosas notables
cual tú lo sueles hacer.

Corriges de unos las faltas,
de otros equivocaciones,
de los otros las erratas,
y así te estiman y tratan
en todas las poblaciones.

Tú distraes largo tiempo
á todos tus suscritores
dándoles buenos ejemplos,
y extasiado te contemplo
esos magníficos dones.

Siempre serás elogiado
por tus apreciables cuentos,
por tus bonitos grabados,
que vienen acompañados
de excelentes pasatiempos.

Con grande impaciencia esperan
el día en que te publican,
pues mientras de ti se enteran
largo tiempo se recrean
con tus chistes y noticias.

Y siendo obra tan moral,
tan bella y entretenida,
¿quién no puede desear
á ella suscrito estar
por los años de su vida?

¿Quién no te ansía leer?
¿Á quién no infundes cariño?
¿Quién no te debe tener
contentísimo al saber
que te redactan los niños?

Nunca olvidaré que existe
una obra tan sagrada
que alegra y consuela al triste
con sus cuentos y sus chistes
y se llama: EL CAMARADA.

AUGUSTO ÁLVAREZ (LEÓN)

(1) Tan sólo por complacer á su autor, y después de viva resistencia por nuestra parte, nos decidimos á publicar esta poesía, declinando en absoluto los inmerecidos elogios con que nos honra el Sr. Álvarez.

LA VERACIDAD

Uno de los más importantes sentimientos morales que conviene inculcar y desarrollar en el corazón del niño es, sin duda, la veracidad.

De un modo particular debe, pues, el profesor procurar que la sinceridad se fomente entre los niños que estén bajo su dirección como un medio de disciplina y también como un deber moral de suma influencia en su con-



Corolario: Haz bien... pero mira á quién.

ducta, pues el hábito de faltar á la verdad conduce á la hipocresía y ahoga la voz de la conciencia.

Dotado el niño de candor é ingenuidad en su niñez, debe el profesor secundar esta disposición, inculcando en el ánimo de sus discípulos la belleza de la verdad. No obstante, sea por descuido, por temor ó por astucia, siempre hay algunos niños que se acostumbran á mentir con frecuencia, verificándolo algunas veces sin reflexionar y otras con premeditación.

En el primer caso mienten los niños por turbación ó ligereza, y, por tanto, sin quererlo. Para corregir esa falta se les hace reflexionar sobre lo que han dicho y la poca exactitud entre el pensamiento y la palabra. El segundo caso, que consiste en expresar lo contrario de lo que se siente, es más grave, y debe procurarse desterrar, pues, sin exagerar su gravedad.

En consecuencia, es necesario, pues, que el profesor emplee todos los medios que á su alcance estén para atacar semejante vicio y separarlos de él. El medio más seguro para atacar tan asqueroso vicio como es la mentira, es una vigilancia activa y eficaz y castigar al mentiroso. Para separarlos de él se les presenta un hombre mentiroso, haciéndoles ver la poca estimación y mu-

cho desprecio de aquel hombre. El que miente para eludir el castigo merece doble castigo. El que miente para hacerse superior á sus discípulos ó para obtener premio, se le echan en cara los medios de que se vale y se le castiga por ellos.

Añadiendo á esos medios explicaciones sencillas y agradables, y anécdotas curiosas é instructivas, que hagan resaltar la verdad y las consecuencias de la mentira, se les hace comprender que el que ama la verdad cumple la ley de Dios, y los niños detestarán la mentira.

Y con tales medios logrará el profesor hacer del niño un buen ciudadano, y útil para consigo mismo, para la familia y para la sociedad.

JUAN PUIG Y MARXUACH

¡IVANA ESPERANZA!

Cierto día que triste yo pensaba,
qué sería del mar, qué de la tierra,
cerca do yo estaba fué á posarse
una paloma hermosa y hechicera.
Era blanca... más blanca que la nieve,
y pura cual si fuera agua del cielo.
La linda palomilla me llenaba
de fe, de confianza y de aliento.
Después de hacer ya rato que estuviera
en el frágil tronquillo de una rama,
logré, pero con miedo y con reparo,
que el eco de mi voz le preguntara:
—Tú, paloma torcaz que á las regiones

de las grandes alturas te remontas:
dime, para que yo no esté tan triste,
uno de tus viajes á esas glorias.—
La paloma, callada, no contesta
á la pregunta que le formulara,
y después de mirarme una ó dos veces
remonta el vuelo... y rápida se marcha.

... ..
¡Oh engañosos ensueños de la vida
en que fundamos ilusiones tantas!
¡Cuán tristemente desvanece el tiempo
nuestras más lisonjeras esperanzas!

SOLEDAD MARTÍN Y ORTIZ DE LA TABLA

LORENZO EL PEREZOSO

(Continuación)

—Nosotros... nosotros... nosotros...—balbuceó el perezoso.—Venía... yo venía...

—A pedirte,—añadió el mozo de cuadra con tono atrevido,—si querías venirte con nosotros, el lunes, á la riña de gallos. Mira: tenemos un combatiente soberbio, y, como Lorenzo me ha dicho que á ti te gustaba mucho esta diversión, venía á invitarte.

Lorenzo no añadió una sola palabra sobre el gusto que recibirían ni sobre las probabilidades de ganar su compañero; pero Juan, asaltado, al mirar al

mozo de cuadra, de un sentimiento de repugnancia y casi de espanto, dijo en voz baja á Lorenzo:

—¿Podrás, pues, asistir con el corazón alegre á que le dejen ciego á ese pobre animal?

—No creo que lo cieguen. He oído decir que una riña de gallos es una diversión muy hermosa, y no seré más cruel que los demás asistiendo. Además de que no puedo dejar de ir.

—Pues yo, como no tengo compromiso alguno, no iré.

—Ya sabes que el lunes es la feria de Bristol y que se divierten más por allá aquel día que todos los demás del año.

—Pero si yo todo el año me divierto,—dijo Juan.

—Pues es extraño,—dijo Lorenzo.—En cuanto á mí, no quisiera por todo lo del mundo dejar de ir á la feria, á riesgo de quedarme en seguida la mitad del año sin divertirme. ¡Anda, vente!

—No,—repuso Juan lanzando una mirada desdeñosa al forastero.

—Pues entonces ¿qué vas á hacer de tu dinero?

—Otro día te lo diré,—respondió Juan.

—Vamos,—dijo el mozo de cuadra cogiendo á Lorenzo por el brazo,—vámonos.—Y se colocó delante de Juan, á quien miró atentamente.—Dejémoslo solo: no es de los nuestros. ¡Qué tonto eres!—añadió saliendo del establo.—Ya podías figurarte que no querría venirse con nosotros. Es menester hacernos con sus cuatro chelines y seis sueldos.

—Pero ¿cómo sabéis que tiene este dinero?

—Lo he visto en el pesebre.

—¿De veras?

—Sí: muy de veras. Pero tú no sabes más que balbucear: tenía que hacerte de apuntador.

—¡Soy tan vergonzoso!...—respondió Lorenzo bajando la cabeza.

—¿Vergonzoso? Y ¿qué es eso de vergüenza? ¿No sabes que para esta noche necesitas un escudo de una manera ú otra?—Y después de una larga pausa añadió el mozo:—Si pudiésemos quitarle un escudo de todo su dinero...

—¡Robar!—exclamó Lorenzo con horror.—Nunca hubiese creído que te-



La madre hace calceta,
el niño está jugando,
y mira por detrás de los cristales
de qué manera está lloviendo á cántaros.

nía que venir aquí para robarle al pobre Juan el dinero que ha ganado trabajando.

—No se trata de robar, sino de tomar prestado; y si ganamos, como no puede menos de suceder, le devolveremos los cuartos en seguida después de la riña, y no sabrá nada. Eso no es ningún mal. Pero, por otra parte, ¿á qué hablar tanto?

Lorenzo no respondió, y salieron juntos como habían entrado, sin tomar ninguna determinación.



Diversas maneras de poder encender un cigarro

Detengámonos un instante. Estamos horrorizados del cuadro que va á desplegarse ante nuestros ojos. Quizás nuestros jóvenes lectores se estremecerán al leerlo; pero vale más que sepan la verdad y que vean á dónde puede conducir una mala compañía de la cual uno se ha hecho imprudente amigo.

Ya muy entrada la noche, Lorenzo oyó llamar en su ventana. Era la señal convenida con su compañero. Tembló al pensar de lo que se trataba, mantúvose quieto y se ocultó bajo sus cobertores; pero al segundo golpe se levantó, se vistió, abrió la ventana, y, después de haber oído á su compañero que le preguntaba si estaba listo, salió diciendo:

—Héme aquí.

Mientras se iban á la quinta, una nube negra, pasando por debajo de la luna, dejó á nuestros dos personajes sumidos en la oscuridad más profunda.

—¿Dónde estáis?—dijo Lorenzo todo emocionado.—¿Dónde estáis? Habladme.

—Estoy aquí: dame la mano.

—¡Qué frío hace!—se aventuró á decir Lorenzo.—Volvámonos.

—Todavía no. Estamos ya demasiado lejos para retroceder,—dijo el mozo empujando á su compañero hacia el establo.

Lorenzo comenzó á buscar.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA